

comunica la pasión por la época a que antes me refería, puede sin embargo hacernos perder objetividad hacia sus defectos.

No olvidemos mencionar el tema de Juana la Loca, que ya había estudiado Fernández Álvarez, y que posee un enorme atractivo en el que se interfiere la realidad y la leyenda.

El imperio español, que aquí se fundamenta –merced a los descubrimientos de las Indias, que aportan el sustento económico–, es obra del sueño de un gran hombre, de suma habilidad política y militar. Es el sueño de una Europa unida contra el turco, de una Europa que se cimenta sobre el eje de Castilla y sobre la defensa de un concepto religioso asociado a un concepto político.

Creo evidente que la religión estaba fundida en la España del Siglo de Oro, que aquí empieza, al sentimiento de nación y al orgullo de ser el imperio más poderoso del mundo. Por ello creo debe tenerse en cuenta que Carlos V funde esta idea del imperio con la defensa de la religión católica, que conduciría a los excesos inquisitoriales, que hoy sabemos por Henry Kamen y Joseph Pérez fueron comunes –a veces inferiores– a los de otros países occidentales. Economía, política y religión eran un continuo indiferenciado por el que se vivía y moría, y esto debemos comprenderlo hoy desde la distancia abismal de nuestra actitud laicista, heredera de los *philosophes* franceses del XVIII.

El europeísmo y el universalismo de Carlos V quedan aquí de manifiesto, a través de un completo repaso a los temas de la vida del emperador: el saco de Roma, las guerras con Francia, las guerras en Germania, las guerras en Túnez.... Y al mismo tiempo percibimos la inmediatez afectiva de un personaje, sus sentimientos de amor hacia la emperatriz Isabel, a la que sobrevivió y amó profundamente hasta su muerte.

Echo de menos sin embargo el tratamiento de un tema fundamental: el del erasmismo, con el que congenió inicialmente el emperador, pero al que abandonó más tarde, quizás por miedo al contagio luterano. Aquí está muy bien vista la confrontación con el luteranismo por motivos de peso político y económico, no sólo religiosos, pero el tema del erasmismo –no hace falta citar los conocidos y soberbios trabajos de Bataillon– aún puede deparar muchas sorpresas al investigador. Fernández Álvarez apenas le dedica espacio a este importante tema, tanto en este libro, como en el divulgativo de la colección Austral e incluso en el más amplio estudio, el volumen XX de la *Historia...* de Menéndez Pidal. Para mí es, y no descubro nada nuevo, un tema de gran magnitud e importancia. De haber triunfado el erasmismo en España, se habría iniciado una época de tolerancia intelectual, implantado una visión menos coercitiva y más abierta de religión, nos habríamos

acercado en definitiva, mucho más rápido, a la edad contemporánea. Pero creo que el emperador se asustó de las dimensiones del reto, y los poderes fácticos implantaron la coerción. Por todo ello, me parece que tal vez el barroco –no en cuanto estilo literario, sino en cuanto actitud ideológica– representa menos un progreso que una regresión frente al pensamiento del Renacimiento áureo que tan brillantemente creció en España y que dio como fruto la excepcional obra cervantina, o la poesía de Garcilaso, Aldana o de la Torre, como sólo ejemplos.

En todo caso, este interesante libro nos marca el camino a seguir: el fundamento sólido de una amplia documentación objetiva insoslayable; y luego la reflexión sobre ella con un discurso que aporte la reconstrucción de una época con ojos nuevos y visión a un tiempo rigurosa y apasionada.

